

Fe y razón

Ángel Gutiérrez Sanz

El cristianismo nunca ha vivido en una burbuja, replegado sobre sí mismo, nunca ha renunciado a medirse con la cultura de su tiempo, siempre ha pensado que la fe es compatible con la razón porque Dios es autor de ambas y no iba a contradecirse así mismo. Aquí estaría según muchos el porqué de la permanencia del cristianismo a lo largo de los siglos. Los hombres de fe tenemos otro modo de ver las cosas y pensamos que su perpetuidad a través de la historia se debe fundamentalmente a la promesa de Cristo del “non praevalébunt” que nos asegura que las puertas del infierno nunca prevalecerán.

Se es injusto con la Iglesia cuando, por algunos errores puntuales cometidos, en buena parte productos de la época, se le acusa de retrógrada y de ella se dice que es enemiga de la ciencia. De siempre el cristianismo ha venido dando muestras de ser un humanismo ilustrado, como no podía ser de otra forma. Un humanismo que está a favor del progreso, el desarrollo y los avances científicos. A lo que sí se opone, entiéndase bien, es al mal uso que de los nuevas técnicas e inventos puedan hacerse, pues no todo lo que está al alcance de la ciencia y la técnica es lícito, como tampoco podemos caer en la trampa de identificar progreso y desarrollo con laicismo, pues no siempre ambos van a la par y en la misma dirección. Por otra parte está por demostrar que los no creyentes sean más cultos que los creyentes.

Los libres pensadores han tenido siempre la propensión de erigirse en los defensores a ultranza de una razón laica excluyente enemiga de la religión, que tratan de imponérsela los demás con el pretexto de liberarles de un fanatismo dogmático obscurantista y perturbador, no dándose cuenta que la razón por definición no es enemiga de nada, tan sólo lo es de la falsedad y del error. Se equivocan cuando convierte a la razón en un tipo de pantalla refractaria a otros tipos de conocimiento supra-rationales que no es que estén contra de la razón, sino simplemente que están por encima. En consideración a esto, debiéramos de ser más rigurosos y no quedarnos con eso de que, “lo racional vale y lo demás carece de sentido” expresión que ha pasado a ser el enunciado de uno de los dogma laicos de nuestra cultura occidental.

Es un hecho evidente que la vida humana está llena de misterios impenetrables para el humano conocimiento, pues existe lo sublime, lo inefable, lo sobrenatural, existe el mundo religioso que como bien dice Wittgenstein sólo es expresable con un lenguaje místico y esto hay que reconocerlo, por eso cualquier expresión de racionalismo debiera ser más respetuosa con la religión y concederle ese espacio cultural que la razón no puede ocupar. ¿Por qué la cultura ha de quedar circunscrita simplemente al conocimiento científico cuantificable, experimentalmente verificable? cultura es también todo lo que corresponde al amplio complejo de manifestaciones humanas, entre las que se encuentra el sentimiento religioso. No verlo así supondría desvirtuar el significado profundo de la cultura o de la religiosidad,

Pues bien, sin negar los valores inherentes a la racionalidad, es obligado decir que una razón secular más humilde y menos arrogante resultaría más atractiva. El primero en mostrarse autocrítico con las actitudes racionalistas radicalizadas es el mismísimo Habermas, quien al igual que lo hiciera en su tiempo Ortega y Gasset ven en ello un

claro signo de totalitarismo. Y es que la razón humana aun siendo un valor que nadie pone en duda, tiene sus limitaciones que es preciso reconocer. La razón y la fe están llamadas a entenderse, porque se necesitan. Desde los primeros siglos del cristianismo ambas han venido jugando un papel complementario, como bien reza la fórmula escolástica “Credo ut intelligam , intelligo ut credam” Creo para que pueda entender y entiendo para que pueda creer

El convencimiento de que razón y fe están llamadas a entenderse, explica que la Iglesia Posconciliar se muestre a favor de un dialogo abierto entre el cristianismo y la cultura con temporánea a sabiendas de que ello no va a ser tarea fácil; pero sí deseable y posible , tal y como lo pudimos comprobar recientemente, en el cara a cara que tuvo lugar el 19 de Enero del 2004 en la Academia, Católica de Munich entre dos gigantes del pensamiento, el Cardenal Joseph Ratzinger – posteriormente Benedicto XVI- por una parte y el filósofo Jürgen Habermas, por otra. Todo hace pensar que por parte del actual cristianismo hay una buena disposición para llegar a un mejor entendimiento con la cultura laica, otra cosa es que ésta se preste a ello. De momento lo que podemos decir es que la visita del Papa Francisco al Parlamento Europeo y su anunciada visita al Congreso de Estados Unidos permite abrigar fundadas esperanzas en este sentido.

Los cristianos a través de una larga y dilatada historia hemos ido aprendiendo que la situación socio-cultural en la que hemos de vivir nuestra religiosidad va cambiando y hemos de saber adaptarnos a estos cambios, lo que hace que nuestra fe se encuentre sometida a un constante dinamismo, sin que por ello tenga que perder nada de su esencialidad. Parece ser un hecho que racionalidad y religiosidad anidan en el corazón de todo hombre sea creyente o no, y esta ambivalencia produce en su interior un estado agónico de lucha interior, como lo vemos en el caso de Miguel de Unamuno como sucede en los místicos cristianos cual lo vemos en S. Juan de la Cruz. No ha habido nunca un hombre tan espiritual, que no haya sabido de las zozobras y tribulaciones , de tensiones y de dudas; pero lo mismo cabe decir del ateo, tampoco la suya es una postura cómoda, no lo fue para Andre Gide, ni para Jean Rostand, ni para Nietzsche, ni para Simone de Beauvoir o J. P. Sartre quien decía que “la negación de la existencia de Dios es un tarea larga y difícil que tiene que comenzar cada día” y esto es así porque la inquietud religiosa forma parte de las aspiraciones humanas y cuando ella falta se produce un vacío doloroso que no puede ser suplido por nada, al menos así es como lo entendió Ortega y Gasset quien llegó a decir “ No concibo que ningún hombre pueda renunciar sin dolor al mundo de lo religioso. A mi, al menos, continua diciendo, me produce un enorme pesar sentirme excluido de la participación de este mundo”.

Razón y fe son dos perspectivas distintas desde donde se puede contemplar la realidad del hombre; pero el que sean diferentes, no quiere decir que no sean complementarias. El problema surge cuando a ambas se las coloca en un mismo plano unidimensional, y deja de tenerse en cuenta sus respectivos alcances y competencias, es entonces cuando la confrontación entre ellas se hace poco menos que inevitable. Nunca la razón podrá explicarnos satisfactoriamente ni los misterios de Dios, ni las paradojas de la fe, aunque a veces lo intenta. Hay que ser conscientes de que cuando la razón se extralimita su discurso deja de ser razonable, deja de serlo también cuando se muestra soberbia y autosuficiente. Sólo la razón humilde que se mantiene dentro del ámbito de sus competencias, puede ser aliada de la religión y desde su humilde condición no necesita ya hacerse violencia para reconocer la necesidad de la fe

